

## CAPÍTULO 1

Me despierto cuando una mano rodea mi cintura, pegándose de pies a cabeza contra una piel caliente por el sueño. Suspiro y me acomodo contra la familiar figura de mi marido, encajando las nalgas contra su pelvis, absorbiendo su calor. Will es una estufa cuando duerme, y yo siempre tengo frío en alguna parte del cuerpo. Esta mañana es en los pies, que deslizo entre sus cálidas pantorrillas.

—Tienes los dedos de los pies congelados. —Su voz retumba en la habitación a oscuras, y el sonido vibra en mi interior. Al otro lado de las cortinas todavía está amaneciendo; ese momento violeta que tinta el instante entre el día y la noche, una media hora antes de que comience a sonar el despertador—. ¿Es que se te han quedado fuera de la manta?

Estábamos a principios de abril, pero marzo todavía no había cedido su helado control. Durante los últimos tres días, un cielo plomizo había descargado lluvia y el gélido viento había traído temperaturas por debajo de lo normal. Los meteorólogos predecían que nos quedaba por lo menos otra semana con este clima, y Will era la única alma en Atlanta que daba la bienvenida al frío, abriendo las ventanas de par en par. Su termostato interno señalaba siempre una marca próxima a las llamas.

—Eso es porque insistes en dormir en un iglú. Creo que tengo todas las extremidades congeladas.

—Ven aquí. —Desliza los dedos por mi costado para acercarme todavía más con la mano—. Voy a hacerte entrar en calor.

Nos quedamos durante un tiempo en cómodo silencio, con su brazo apretado alrededor de mi cintura y la barbilla apoyada en el hueco de mi hombro. Will tiene la piel húmeda por el sueño, pero no me importa. Estos momentos los atesoro más

que otros, cuando nuestros corazones y nuestra respiración están sincronizados. Resultan tan íntimos como hacer el amor.

—Eres mi persona favorita del mundo mundial—me murmura al oído, y yo sonrío. Son las palabras que hemos elegido en lugar de los convencionales «te quiero» y para mí significan mucho más. Cada vez que las dice, las siento como una promesa. Para mí es lo más y siempre será así.

—También eres mi persona favorita.

Mis amigas me aseguran que esto —la conexión que siento con mi marido— no va a durar para siempre. Dicen que cualquier día de estos el fuego quedará diluido por la cotidianidad, y que pronto me daré cuenta de que existen otros hombres. Que me ruborizaré y mis labios brillarán por extraños sin nombre y sin rostro que no son mi marido, y que me imaginaré que me tocan en lugares a los que solo él tiene acceso. Mis amigas lo llaman «la maldición del séptimo año», pero yo apenas me puedo imaginar tal cosa, porque hoy hace siete años y un día que Will me puso la alianza, y lo único que siento es deseo por él.

Me tiemblan los párpados cuando su contacto suscita un hormigueo indicándome que es muy probable que llegue tarde al trabajo.

—¿Iris? —susurra.

—¿Mmm?

—Me he olvidado de cambiar los filtros del aire acondicionado.

Abro los ojos de golpe.

—¿Qué?

—He dicho que me he olvidado de cambiar los filtros del aire acondicionado.

Me río.

—Es lo que me ha parecido haber oído. —Will es un brillante informático con ciertos rasgos de TDA; su cerebro está

tan abarrotado de información y datos, que tiende a olvidarse de las cosas más pequeñas... Solo que por lo general no es cuando vamos a mantener relaciones sexuales. Lo atribuyo a que lleva un tiempo inusualmente ocupado con su trabajo y al hecho de que está a punto de ir a una conferencia de tres días en Florida, por lo que la lista de tareas es mucho más larga de lo habitual—. Puedes hacerlo el fin de semana, cuando estés de vuelta.

—¿Y si hace calor antes?

—No está previsto. Aunque así fuera, los filtros pueden esperar un par de días.

—Y es probable también que tu coche necesite un cambio de aceite. ¿Cuándo fue la última vez que lo llevaste?

—No lo sé.

Will y yo hemos dividido las tareas domésticas de una forma organizada teniendo en cuenta lo que se nos da mejor a cada uno. Automóviles y mantenimiento de la casa son cosa suya, y la cocina y la limpieza, mía. Ninguno de los dos le da la menor importancia a esta división. En la universidad aprendí a ser feminista, sin embargo, el matrimonio me hizo ser práctica. Y hacer lasaña me resulta más sencillo que limpiar canalones.

—Acuérdate de comprobar los recibos de mantenimiento, ¿vale? Están en la guantera.

—Vale. Pero ¿por qué esta ansia repentina por las tareas? ¿Ya estás aburrido de mí?

Noto cómo se extiende por su cara lo que sé que es una sonrisa.

—Quizá esto es lo que llaman síndrome del nido en todos esos libros sobre el embarazo.

La alegría explota en mi pecho al recordar lo que estamos haciendo —lo que quizá ya hemos hecho— y me giro hacia él.

—No puedo estar embarazada todavía. Solo lo hemos intentado oficialmente veinticuatro horas.

Una vez anoche, antes de la cena, y después dos veces más. Quizá hemos sido un tanto entusiastas en nuestra primera sesión oficial para tener un bebé, pero debo alegar en nuestra defensa que era nuestro aniversario, y Will es un ganador nato.

Sus ojos brillan satisfechos. Si hubiera espacio entre nosotros, probablemente estaría golpeándose el pecho con los puños.

—Estoy seguro de que mis chicos son buenos nadadores. Ya debes estar embarazada.

—Lo dudo mucho —replico, a pesar de que me siento un poco mareada al escuchar sus palabras. Will es la parte práctica de nuestra relación, quien mantiene la cabeza firme, y también es el optimismo personificado. No le he dicho que ya he hecho los cálculos pertinentes. Que he realizado un estudio de mi ciclo, que he contado los días desde mi último período, que me he descargado una aplicación para el móvil, y que es muy probable que tenga razón. Ya podría estar embarazada.

—La mayoría de la gente se regala algo de lana o de cobre en su séptimo aniversario. Tú me has dado esperma.

Él sonríe, pero con nerviosismo, y me mira de esa forma que tiene de mirar cuando ha hecho algo que no debería haber hecho.

—No es lo único.

—Will...

El año pasado, ante su insistencia, fundimos todos nuestros ahorros y una parte significativa de los ingresos mensuales en la hipoteca de una casa. Pero ¡menuda casa! Es la casa de nuestros sueños, de estilo victoriano, con tres dormitorios, en una calle tranquila próxima a Inman Park, con un gran porche y carpintería original. En cuanto traspasamos la puerta, Will decidió que tenía que ser nuestra, incluso aunque eso significara que la mitad de las habitaciones estarían vacías en un futuro próximo. Por lo que este iba a ser un aniversario sin regalos.

—Lo sé, lo sé, pero no he podido evitarlo. Quería comprarte algo especial. Algo que te hiciera recordar siempre este momento, cuando todavía estábamos los dos solos. —Se gira, enciende la lámpara y coge una pequeña caja roja del cajón de la mesilla de noche. Me la ofrece con una sonrisa—. Feliz aniversario.

Incluso yo reconozco una pieza de Cartier cuando la veo. En esa tienda no hay una mota de polvo y todo cuesta más de lo que podemos pagar. No me muevo para abrirla, por lo que Will aprieta el cierre con el pulgar y levanta la tapa para revelar tres bandas entrelazadas, una de ellas rodeada con filas de pequeños diamantes.

—Es el Trinity. Oro rosa por el amor, amarillo por la fidelidad y blanco por la amistad. Me gustó el simbolismo... tú, yo y el bebé que venga. —Parpadeé para deshacerme de las lágrimas, y Will me levantó la barbilla con un dedo para que lo mirara a los ojos—. ¿Qué te ocurre? ¿No te gusta?

Paso un dedo por encima de las brillantes piedras blancas, que destacan sobre el cuero rojo. La verdad es que no podría haber elegido nada mejor. El anillo es sencillo, sofisticado, impresionante... Justo lo que hubiera elegido yo misma si tuviera todo el dinero del mundo, algo que no tengo.

Y, sin embargo, deseo quedarme con este anillo, no porque sea hermoso o caro, sino porque Will lo ha comprado pensando en mí.

—Me encanta, pero... —Niego con la cabeza—. Es demasiado. No podemos permitirnos...

—No es demasiado. No para la madre de mi futuro hijo. —Saca el anillo de la caja y me lo desliza en el dedo. Lo siento frío y pesado, y encaja a la perfección, pegándose a mi piel por encima del nudillo como si estuviera hecho para mi mano—. Dame una hija que se parezca a ti.

Dejo vagar la mirada por los planos y ángulos de la cara

de mi marido, deteniéndome en mis partes favoritas. La fina cicatriz que atraviesa su ceja izquierda. El pequeño bulto en el puente de la nariz... La ancha y cuadrada mandíbula, y sus labios, carnosos, hechos para besar. Sus ojos están somnolientos y tiene el pelo despeinado, la barbilla áspera por la barba incipiente. De todos sus hábitos y estados de ánimo, de todas las facetas tuyas que he llegado a conocer, esta es la que más adoro, cuando se muestra tierno, de buen corazón, achuchable.

Le sonrío entre las lágrimas.

—¿Y si es un niño?

—Pues seguiremos intentándolo hasta que llegue mi niña.  
—Se inclina para besarme de forma larga y persistente, apretando los labios contra los míos—. ¿Te gusta el regalo?

—Me encanta. —Separo el brazo de su cuello, lo levanto, y admiro los diamantes por encima de su hombro—. Es perfecto, y tú también.

Sonríe.

—Quizá deberíamos aplicarnos una vez más antes de que tenga que irme, por si acaso —dice.

—El vuelo sale dentro de tres horas.

Pero ya ha posado los labios en mi cuello y dibuja un rastro por mi mandíbula. Su mano ya se ha deslizado cada vez más abajo.

—¿Y qué?

—Está lloviendo. Habrá mucho tráfico.

Me hace rodar sobre la espalda y aprisiona mi cuerpo contra la cama con el suyo.

—Entonces será mejor que nos demos prisa.

## CAPÍTULO 2

La matrícula en la Academia Lake Forrest, la exclusiva escuela de enseñanza obligatoria del barrio residencial de Atlanta donde trabajo como orientadora y profesora, supone la friolera de 24.435 dólares al año. Considerando una inflación del cinco por ciento, trece años en este sagrado recinto cuesta más de cuatrocientos mil dólares por niño, y eso antes de que ponga un pie en un campus universitario. Nuestros alumnos son hijos de cirujanos, directivos, banqueros y empresarios, de presentadores de noticias y deportistas profesionales. Son una privilegiada tribu de élite, y el grupo de niños más jodido que uno pueda imaginar.

Empujo las puertas dobles de entrada poco después de las diez, un par de horas más tarde de lo que marca mi horario —por culpa de «uno» no tan rapidito con Will y de un clavo en el neumático de camino a la escuela— y recorro el pasillo alfombrado. El edificio está tranquilo, reina ese tipo de silencio que solo se disfruta cuando los alumnos están en clase, agazapados detrás de sus flamantes MacBooks. He llegado en medio de la tercera hora, por lo que no es necesario que me apesure.

Cuando doblo la esquina no me sorprende encontrar a un par de jóvenes esperando en el pasillo, delante de la puerta de mi despacho, con las cabezas inclinadas sobre sus dispositivos electrónicos. Los alumnos saben que aplico una política de puertas abiertas y la utilizan a menudo.

Y luego salen más del aula, inundando el pasillo entre chillidos. La alarma que capto en sus tonos hace que se me queden pegadas las suelas a la alfombra.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué salen de clase?

Ben Wheeler levanta la vista del iPhone.

—Acaba de estrellarse un avión. Están diciendo que ha despegado de Hartsfield.

El terror se extiende por mi pecho y me detiene el corazón. Me apoyo en una taquilla para no perder el equilibrio.

—¿Qué avión? ¿A dónde iba?

El chico encoge sus huesudos hombros.

—No se conocen demasiados detalles.

Voy de prisa hacia mi despacho, pasando entre un grupo de estudiantes, y me coloco detrás del escritorio.

—Vamos... Vamos... —susurro mientras muevo la mano sobre el ratón, arrancando al equipo del modo hibernación en el que está. En la cabeza me dan vueltas los detalles que puedo recordar sobre el vuelo de Will. Ahora mismo lleva en el aire más de treinta minutos, es posible que esté sobrevolando algún lugar cerca de la frontera con Florida. No puede haberse estrellado el avión en el que viaja. Es decir, ¿cuántas probabilidades hay? Del aeropuerto de Atlanta despegan miles de aviones cada día, y ninguno se cae. Sin duda, todo el mundo está a salvo.

—Señora Griffith, ¿está bien? —me pregunta Ava, una alumna de segundo, desde la puerta. Sus palabras apenas son perceptibles por el rugido que resuena en mis oídos.

Después de lo que me parece una eternidad, se abre el navegador del internet y escribo la dirección de la CNN con los dedos rígidos y torpes. Y luego empiezo a rezar: «Por favor, Dios, por favor. Que no sea el vuelo de Will».

Las imágenes que inundan la pantalla unos segundos después son horribles. Irregulares trozos de un avión destrozado por una explosión, un campo carbonizado salpicado por restos humeantes. El peor tipo de accidente, uno de esos en los que no sobrevive nadie.

—Pobre gente... —susurra Ava justo por encima de mi cabeza.



Una oleada de náuseas me quema la parte posterior de la garganta mientras me desplazo hacia abajo, hasta ver los detalles del vuelo. Liberty Airlines, vuelo 23. Suelto el aire con un fuerte silbido, y el alivio me derrite los huesos.

Ava me pone una mano suavemente entre los omóplatos.

—¿Señora Griffith? ¿Qué le ocurre? ¿Puedo hacer algo?

—Estoy bien. —Las palabras salen entrecortadas y jadeantes, como si mis pulmones todavía no se hubieran recuperado. Sé que debería sentirme mal por los pasajeros del vuelo 23 y sus familias, por esa pobre gente que ha acabado desmenuzada encima de un campo de maíz de Missouri, por los amigos y parientes que están haciendo lo mismo que he hecho yo, buscar en internet y redes sociales para encontrar esas terribles imágenes, pero solo puedo sentir alivio. Un hondo alivio que me recorre como si estuviera disfrutando los efectos de un intenso, rápido y sublime Valium.

—No era el avión de Will.

—¿Quién es Will?

Me cubro ambas mejillas con las manos y respiro hondo para alejar el pánico, aunque no lo consigo del todo.

—Mi marido. —Todavía me tiemblan los dedos, siento el corazón acelerado, no importa las veces que me diga a mí misma que no era el avión de Will—. Está camino de Orlando.

Ava abre los ojos como platos.

—¿Ha pensado que su marido estaba en ese avión? ¡Por Dios! No me extraña que estuviera a punto de desmayarse.

—No iba a desmayarme, es que... —Me puse la mano en el pecho y respiré hondo una vez más para limpiar todo el aire de mis pulmones—. Solo para que conste en acta, mi reacción ha estado a la altura de la situación. Un miedo tan intenso como el que yo he experimentado, produce una fuerte descarga de adrenalina, a la que el cuerpo tiene que responder. Pero ya estoy bien. Estaré bien.

Hablar de ello en voz alta, exponiendo mi respuesta fisiológica en términos científicos, hace que se relaje un poco el nudo que tengo en el pecho y que los latidos que atruenan en mi cabeza disminuyan hasta que solo quede un seco golpe ocasional.

«Gracias a Dios no era el avión de Will».

—¡Eh, no estoy juzgándola! He visto a su marido. Está muy bueno. —Deja la mochila en el suelo y se hunde en la silla que hay en el rincón, cruza las piernas, que exponen demasiada piel para las reglas que marca el centro sobre el uniforme. Como cualquier otra chica de la escuela, Ava se enrolla la falda a la cintura hasta conseguir que el dobladillo alcance la altura deseada. Clava los ojos en mi mano derecha, que sigo apretando contra mi pecho palpitante—. Precioso anillo, por cierto. ¿Es nuevo?

Dejo caer la mano sobre mi regazo. No me extraña que Ava note que llevo esa sortija. Es muy probable que también sepa lo que cuesta. Ignoro el cumplido y me centro en la primera frase que ha dicho.

—¿Cuándo has visto a mi marido?

—En su perfil de Facebook. —Sonríe—. Si me despertara a su lado todas las mañanas, yo también llegaría tarde a trabajar.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—Por mucho que disfrute de esta conversación, ¿no deberías estar en clase?

Aprieta los labios en un mohín. Incluso cuando frunce el ceño, Ava es una chica preciosa. Su belleza posee una nota dolorosa e inquietante. Grandes ojos azules, lozana piel de melocotón, brillantes y largos rizos castaños. También es inteligente, y perversamente divertida cuando quiere. Podría tener a cualquier chico de la escuela... y lo tiene. Ava no es exigente, y si hago caso a sus publicaciones de Twitter, es fácil de conquistar.

—Estoy haciendo pellas —dice, escupiendo las palabras en un tono generalmente reservado a los niños más pequeños.

Le brindo mi sonrisa de psicóloga, amable y sin prejuicios.

—¿Por qué?

Suspira y pone los ojos en blanco.

—Porque estoy evitando quedarme en el mismo espacio cerrado que Charlotte Wilbanks para no tener que respirar el mismo aire que ella. Me odia, y permita que le asegure que el sentimiento es mutuo.

—¿Por qué crees que te odia? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Charlotte y Ava fueron amigas íntimas, y su disputa es larga y está muy bien documentada. Lo que ha provocado ese odio durante todos estos años ya está olvidado, enterrado debajo de un millón de tuits ofensivos y de mal gusto, que dan un nuevo significado a la expresión «chica mala». Y, por lo que he visto en Twitter, su última riña gira en torno a su compañero Adam Nightingale, el hijo de la leyenda de la música *country* Toby Nightingale. El fin de semana pasado vi algunas imágenes de Ava y Adam besuqueándose en un bar de zumos.

—¿Quién sabe? Imagino que porque soy más guapa. —Se mira el esmalte de sus uñas perfectas, una capa de gel de brillante color amarillo que parece haber sido pintada ayer mismo.

Como a la mayoría de los chicos de esta escuela, los padres de Ava le han dado todo lo que ha deseado. Un flamante deportivo, viajes en primera clase a lugares exóticos, una American Express platino, y su bendición. Pero mantener a su hija satisfecha con regalos no es lo mismo que ofrecerle su atención, y si les tuviera sentados ante mí, les animaría a darle un ejemplo mejor. La madre de Ava es miembro de la *jet set* de Atlanta, con una admirable capacidad de mirar hacia otro lado cada vez que el padre de Ava, un afamado cirujano plástico conocido en la ciudad como «El chico de oro de las tetas», se dedica a tontear con una chica con la mitad de su edad, algo que ocurre a menudo.

Me han enseñado que a los adolescentes hay que educarlos con hechos y palabras, pero mi trabajo me ha mostrado que no es lo mismo enseñar que educar, y son los hechos los que cuentan. En especial cuando hay carencias. Cuanto más desordenada es la vida de los padres, peor están los hijos. Es así de simple.

Pero también creo que todos, incluso los peores padres y los niños más inadaptados, tienen alguna cualidad que los redime. Ava es así porque no puede evitarlo. Sus padres la han hecho ser de esa forma.

—Estoy segura de que si lo meditaras un poco, podría ocurrírsete alguna razón mejor por la que Charlotte...

—Toc, toc... —El jefe de estudios de secundaria, Ted Rawlings, acaba de aparecer en el umbral. Alto, delgado, con el pelo rizado y oscuro; Ted me recuerda a un caniche, serio y presumido, aunque sin lacitos. Debe de tener cientos de prendas horribles con temática escolar que a mí me parecen ridículas, pero de alguna manera logra resultar encantador. La que lleva puesta hoy es una camisa de poliéster en brillante color amarillo estampada con ecuaciones de física—. Supongo que te has enterado del accidente del avión.

Asiento moviendo la cabeza mientras miro de reojo las imágenes que tengo en la pantalla. Pobre gente. Pobres familias.

—Alguien de la escuela conocerá a alguno de los pasajeros del avión —interviene Ava—. Esperen y verán.

Esas palabras hacen que me baje un escalofrío por la espalda porque sé que tiene razón. Atlanta es una ciudad grande, pero a la vez pequeña, donde no existe una gran separación entre los círculos sociales. La posibilidad de que alguien relacionado con la escuela esté conectado de alguna forma con una de las víctimas no es precisamente pequeña. Supongo que lo único que podemos hacer es esperar que no se trate de un miembro de la familia o un amigo íntimo.

—Los alumnos están nerviosos —comenta Ted—. Es comprensible, por supuesto, pero hace que resulte difícil que podamos conseguir que trabajen hoy en el aula. Sin embargo, con tu ayuda, me gustaría utilizar esta tragedia como una oportunidad para que todos aprendamos algo. Crear un entorno seguro para que nuestros chicos puedan hablar sobre lo que ha pasado y hacer preguntas al respecto. Y si la señorita Campbell tiene razón, y alguien de Lake Forrest ha perdido a un ser querido en el accidente, estaremos en posición de proporcionar el apoyo moral necesario.

—Me parece una idea magnífica.

—Excelente. Me alegro de poder contar contigo. Voy a proponer una reunión en el auditorio, y tú y yo seremos los que llevemos el peso de la discusión.

—Por supuesto. Dame un par de minutos para recomponerme, y allí estaré.

Ted da un golpecito con los nudillos en la puerta antes de salir. Ahora que la clase de Literatura ha sido cancelada de forma oficial, Ava recoge la mochila y rebusca en el interior durante unos segundos mientras yo hago lo mismo en el cajón del escritorio.

—Tenga —me dice, soltando un puñado de muestras de maquillaje sobre la mesa. Chanel, Nars, YSL, MAC—. No quiero ofenderla, pero creo que las necesita más que yo. —Suaviza sus palabras con una cegadora sonrisa.

—Gracias, Ava. Pero dispongo de mi propio maquillaje.

Pero Ava no recoge las muestras. Se balancea, cambiando el pie de apoyo, mientras retuerce la correa de la mochila con una mano. Se muerde el labio al tiempo que se mira los zapatos Oxford del uniforme, haciéndome sospechar que debajo de toda esa fanfarronería e ironía, podría haber una chica tímida—. Me alegro mucho de que no se trate del avión en el que va su marido.

En esta ocasión, el alivio me atraviesa con lentitud, envolviéndome en su calor como hizo esta misma mañana el cuerpo de Will. Se asienta sobre mí como el sol en la piel desnuda.

—Yo también.

En cuanto se va, cojo el teléfono y busco el número de Will. Sé que no podrá responder durante una hora más o menos, pero necesito oír su voz, incluso aunque sea grabada. Me relajo al escuchar su suave y familiar sonido.

«Este es el buzón de voz de Will Griffith...»

Espero a que salte el pitido hundida en la silla.

—Hola, cariño, soy yo. Sé que todavía estás en el aire, pero acaba de estrellarse un avión que despegó de Hartsfield y durante quince segundos aterradoros he pensado que podía haber sido el tuyo, así que necesitaba... No sé, comprobar por mí misma que estás bien. Aunque sé que te va a parecer una tontería, llámame en cuanto aterrices, ¿vale? Los chicos de la escuela están un poco asustados con el asunto, así que vamos a hacer una reunión en el auditorio. Pero te prometo que responderé a la llamada. Bueno, tengo que colgar, hablaremos pronto. No te olvides de que eres mi persona favorita del mundo mundial.

Guardo el móvil en el bolsillo y voy hacia la puerta, dejando las muestras de maquillaje de Ava encima de escritorio, donde ella las ha soltado.

## CAPÍTULO 3

Sentado a mi lado en el escenario del auditorio, Ted se pasa la mano por la corbata para alisarla antes de dirigirse a la sala, llena de alumnos de secundaria.

—Como todos sabéis, el vuelo 23 de Liberty Airlines, que despegó del Aeropuerto Internacional Hartsfield-Jackson con destino a Seattle, Washington, se ha estrellado hace poco más de una hora. Se da por muertos a los ciento setenta y nueve pasajeros. Hombres, mujeres y niños, personas como nosotros. Os hemos convocado aquí para que podamos hablar de ello en grupo, de forma sincera y abierta, sin prejuicios. Tragedias como esta nos hacen ser muy conscientes de los peligros que entraña nuestro mundo, de nuestras vulnerabilidades, de lo frágil que puede ser la vida. Esta sala es un espacio seguro para que podamos hacer preguntas, llorar o lo que sea necesario para superar el proceso. Lo que aquí se diga, aquí se queda.

Cualquier otro jefe de estudios mantendría a los niños un rato en silencio y luego les diría que volvieran a clase. Sin embargo, Ted sabe que una catástrofe tiene prioridad frente a una explicación de cálculo, y es por eso por lo que todo —sea bueno o malo— lo considera una oportunidad para enseñar algo diferente a los alumnos. Y ellos lo agradecen.

Observo a los trescientos y pico chicos que estudian secundaria en la academia Lake Forrest, y por lo que puedo ver, se dividen casi al cincuenta por ciento entre los que se sienten sobrecogidos por las imágenes de un avión en el que quizá viajaba alguna persona conocida, y los que se alegran de que hayamos cancelado las clases de la tarde. Su charla excitada resuena en el espacio como si fuera una caverna.

—¿Esto es una especie de terapia de grupo? —dice una chica, y su voz se distingue de todas las demás.

—Bueno... —Ted me lanza una mirada interrogativa y me hace una señal con la cabeza. Si hay un terreno en el que los alumnos de Lake Forrest se sienten cómodos es en el de la terapia, ya sea de grupo o no. Nuestros chicos son de esas personas que llevan el número del psicólogo entre los de marcación rápida del móvil—. Sí. Exactamente igual que una terapia en grupo.

Ahora que saben lo que se avecina, los alumnos se relajan, cruzan los brazos y se hunden en los cómodos asientos acolchados.

—He oído por ahí que fueron terroristas —grita alguien desde el fondo de la sala—. Que el ISIS lo ha reivindicado.

Jonathan Vanderbeek, uno de los alumnos del último curso, a punto de graduarse por los pelos, se da la vuelta en uno de los asientos de primera fila.

—¿Quién te ha dicho eso, Sarah Palin?

—Kylie Jenner acaba de retuitearlo.

—Genial... —resopla Jonathan—. Porque las Kardashian son expertas en seguridad nacional —añade con ironía.

—Vale, vale... —interviene Ted, intentando restablecer el orden con un par de toques en el micrófono—. No vamos a magnificar la situación repitiendo rumores y conjeturas. He estado viendo las noticias y, salvo el hecho constatable de que se ha estrellado un avión, no hay más noticias al respecto. No se sabe por qué se cayó, ni quiénes estaban en su interior cuando ocurrió. Hasta que no se hayan puesto en contacto con los familiares... —esas tres últimas palabras «con los familiares» resonaron en la sala como una bomba. Flotaron en el aire, ardientes y pesadas, durante un par de segundos—, debo añadir, para todos, que existen medios mucho más creíbles y fiables que Twitter, ¿de acuerdo?

Llegó una risa desde la primera fila.

Ted mueve la cabeza a modo de advertencia.



—Ahora, a la señora Griffith le gustaría decirnos algunas cosas, luego moderará un debate al respecto. Mientras, estaré al tanto de la página de la CNN en el portátil y, en cuanto haya nueva información, interrumpiré la charla y la leeré en voz alta para que todos tengamos los mismos datos. ¿Os parece?

Los alumnos asienten con la cabeza. Ted me pasa el micrófono.

Me gustaría poder decir que me pasé las horas siguientes mirando el móvil, esperando una llamada de Will, pero setenta y seis minutos después de los hechos, cuando solo llevábamos diez de debate y unos quince antes de que la compañía aérea hiciera la primera declaración oficial, la CNN informa que el equipo femenino de lacrosse de la Academia de Secundaria Wells, los dieciséis miembros que lo componen y los entrenadores, forman parte de las ciento setenta y nueve víctimas. Al parecer iban de camino a un torneo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible? Si perdimos contra ellas la semana pasada.

—Eso fue la semana pasada, idiota. Lo acabas de decir tú misma. Lo que significa que han tenido tiempo de sobra para subirse a un avión antes de esta mañana.

—La idiota eres tú. Me refiero a que nosotros perdimos y ganó Wells, por eso estaban en el avión esta mañana. Echa cuentas.

—Un momento —intervengo mientras las palabras resonaban en el auditorio. Lo mejor era detener la discusión antes de que se intensificara más—. La incredulidad es una reacción normal ante la muerte de un amigo o conocido, pero la ira y el sarcasmo no son buenos mecanismos de defensa. Estoy segura de que es algo que sabemos todos los que estamos aquí.

Los chicos intercambian miradas de arrepentimiento y se hunden más profundamente en los asientos.

—Mirad, entiendo que es fácil esconderse detrás de emociones negativas en lugar de enfrentarse a la relación que

manteníamos con nuestros amigos y compañeros de estudios —añado en un tono más suave—. Pero está bien que os sintáis confusos, tristes, sorprendidos o, incluso, vulnerables. Son reacciones normales ante una noticia tan impactante. Mantener una discusión abierta y sincera al respecto, nos ayudará a enfrentarnos a nuestros sentimientos. ¿Bien? Ahora, apuesto algo a que Caroline no es la única que ha recordado la última vez que vio a las jugadoras de Wells. ¿Quién más estuvo en ese partido?

Una tras otra, se alzan varias manos, y los alumnos comienzan a hablar. La mayoría de las frases no son demasiado relevantes, «en el campo», «en el partido», pero está claro que las chicas están asustadas por la proximidad de las víctimas, en especial las que juegan al lacrosse. Si hubieran ganado ese partido, si Lake Forrest se hubiera clasificado para ese torneo, nuestras alumnas podrían haber estado en ese avión. El debate mantiene ocupada mi mente hasta justo después de la una, cuando lo interrumpimos para realizar un almuerzo tardío.

Mientras los chicos salen de la sala, saco el móvil del bolsillo. Frunzo el ceño al ver que la pantalla sigue vacía. Will ha aterrizado hace más de una hora y todavía no me ha llamado, no me ha enviado ningún mensaje de texto ni nada de nada. ¿Dónde diablos se ha metido?

Ted me pone la mano en el antebrazo.

—¿Va todo bien?

—¿Qué? ¡Oh, sí! Estoy esperando una llamada de Will. Cogió un vuelo a Orlando esta mañana.

Ted abre mucho los ojos y sus mejillas vibran de pura simpatía.

—Bueno, eso explica la expresión desencajada que tenías cuando me acerqué a tu despacho. Debes haberte llevado un buen susto.

—Sí, y la pobre Ava tuvo que soportarme. —Muevo el móvil en el aire, entre nosotros—. Voy a ver si consigo localizarlo.

—Por supuesto, por supuesto.

Me bajo del escenario, me dirijo hacia el pasillo central y marco el número de Will antes de atravesar las puertas dobles. Lake Forrest está configurado como un campus universitario, con media docena de edificios cubiertos de hiedra repartidos por un campo de hierba, y empiezo a recorrer el camino de losas que conduce al que alberga la escuela secundaria. La lluvia ha cesado, pero el cielo sigue cubierto de nubes plomizas mientras el viento helado da gélidos latigazos sobre mi piel. Me arrebujó en el jersey y subo con rapidez la escalera hasta la puerta, estoy empezando a empujarla cuando vuelve a saltar el buzón de voz de Will.

«¡Maldición!».

Mientras espero el tono, me recrimino interiormente. Me digo que no es necesario que me preocupe. Que existe una explicación sencilla para el hecho de que no me haya llamado todavía. Durante los últimos meses su trabajo ha sido muy estresante y no ha dormido bien. Quizá esté echando una siesta. Y debo tener en cuenta que es un hombre que se distrae con facilidad, el típico amante de la tecnología incapaz de centrarse en una sola cosa. Lo imagino marcando mi número pero sin llegar a hacer la llamada. Codeándose con los peces gordos asistentes al congreso en la piscina del hotel, ignorando el teléfono que zumba en la bolsa. O quizá, simplemente, se ha quedado sin batería. O se olvidó el móvil en el avión. Me creo cada una de esas cosas y casi saboreo la alegría.

—Hola, cariño —digo a la línea, tratando de reprimir la preocupación para que no se transmita a mi voz—. Solo quería comprobar y asegurarme de que todo va bien. Ahora deberías estar en el hotel, pero supongo que has tenido alguna dificultad en recepción o algo así. De todas formas, cuando tengas

un segundo, llámame. El accidente me ha puesto de los nervios y necesito escuchar tu voz, ¿vale? A ver si hablamos pronto. Sigues siendo mi persona favorita.

Una vez en el despacho, me dirijo directamente al ordenador y entro en el programa de correo electrónico. Will me envió hace meses los detalles de ese congreso, pero tengo más de tres mil correos en la bandeja de entrada y el sistema de organización no es nada bueno. Tras una pequeña búsqueda, encuentro el que estoy buscando.

De: w.griffith@appsec-consulting.com

Para: irisgriffith@lakeforrestacademy.org

Asunto: RE: Cyberseguridad para asuntos críticos: cumbre de inteligencia virtual.

¡¡Echa un vistazo a esto!! El jueves soy el orador principal. Solo espero que nadie se duerma, tal y como te ocurre a ti cada vez que te hablo del trabajo.

Besos!

Will M. Griffith

Ingeniero de software

AppSec Consulting Inc.

Me estremezco de alivio y me siento casi feliz. Las palabras están aquí mismo, en blanco y negro. Will se encuentra sano y salvo en Orlando.

Hago clic en el archivo adjunto y se abre el programa completo del congreso. La charla de Will está prevista a media mañana, lo pone justo al lado de su trayectoria en gestión de riesgos de acceso a redes. Envío el documento para imprimir después de apuntar el nombre del hotel donde se desarrollan las conferencias en un *post-it*, y luego lo tecleo en el navegador para buscar el número de teléfono. Estoy copiándolo cuando,

de repente, suena mi móvil, y la cara de mi madre aparece en la pantalla.

Una punzada de inquietud me atraviesa el pecho. Mi madre es logopeda especialista en niños, por lo que sabe qué es trabajar en un entorno escolar. Sabe que mis días son una locura y jamás me molesta en horario de trabajo a menos de que se trate de un tema de vida o muerte. Como aquella vez que mi padre cogió un bache en la carretera con la rueda delantera de la bicicleta y salió volando sobre el asfalto hasta aterrizar con tanta fuerza que se rompió la clavícula y el casco se le partió limpiamente por la mitad.

Razón por la que me apresuro a responder a su llamada.

—¿Qué ha pasado?

—Oh, cariño... Acabo de ver las noticias.

—¿Sobre el accidente? Sí, lo sé. Llevamos tratando el tema durante todo el día con los alumnos. Estaban bastante asustados.

—No, no se trata de eso. Bueno, no exactamente... Me refería a Will, querida.

Algo en la forma en la que lo ha dicho, con cuidada piedad y rotundidad, exponiendo, sin preguntar sobre Will, me eriza cada pelo del cuerpo.

—¿Qué le ha pasado?

—Bueno, para empezar, ¿dónde está?

—En Orlando, en un congreso. ¿Por qué?

La intensidad del suspiro que suelta mi madre ante el al-tavoz me perfora el tímpano, y adivino todo lo que ha estado conteniéndose.

—¡Oh, gracias a Dios! Sabía que no podía ser tu Will.

Su respuesta se ve enterrada por la brusca interrupción de un alumno.

—El señor Rawlings me ha dicho que le comunique que acaban de hacer pública una lista de nombres. —Grita las pa-

labras como si no estuviera sentada aquí, a metro y medio de distancia, y hablando por teléfono. Siseo por lo bajo para que se calle y le hago una seña con la mano.

—Mamá, empieza de nuevo. ¿Quién no podía ser mi Will?

—El William Matthew Griffith que están diciendo que viajaba en ese avión.

Un «No es mi marido» surge desde lo más profundo de mi interior, desde algún lugar enterrado y primitivo. En el momento del accidente, mi Will estaba en un avión distinto, incluso volaba en otra línea aérea. Y aunque no fuera así, Liberty Airlines me habría llamado ya. No habrían dado su nombre sin haber notificado los hechos a su esposa —es decir a mí—, su persona favorita del mundo mundial.

Pero antes de que pueda argumentar cualquiera de esas cosas ante mi madre, mi móvil emite un pitido que indica que está entrando otra llamada, y las palabras que aparecen en mi mente me detienen el corazón.

«Liberty Airlines».